**GRIETAS EN EL PARAÍSO**

**Mercedes Fernández**

**UNO**

La primera puñalada que Johnny Birman asestó sobre el pecho de Doreen McDouglas, prácticamente le partió el corazón a la muchacha, que cayó sobre la coqueta moquete. Con los últimos estertores sintió que aquella arista helada le entraba en el cuerpo una y otra vez. No pudo cerrar los ojos. La vigorosa luz de la mañana se arrojaba sobre ella ilustrando la escena con una fosforescencia cada vez más incandescente. Mientras la fascinación de los destellos le hería los ojos cuyos párpados ya no se cerrarían más, pensó que esa mañana, al mirar la apretada agenda que le esperaba, había pensado lo bien que le vendrían unas buenas vacaciones.

Johnny Birman tomó a la mujer de las manos y casi con delicadeza, la arrastró hacia la puerta que daba al pasillo. Abrió la puerta, se asomó y oteando, corrió hacia la siguiente. Buscando, husmeando, escuchó voces detrás del vidrio que daba a la sala de espera. Los lobos, los lobos, dijo entre dientes cuando tomó el pestillo para abrir. No, se dijo, esto quedará para después. Y cerró con llave la puerta que conectaba los ambientes.

Adentro, una música ambiental dejaba oír timbales y bronces. Odio Vangelis, dijo apretando los dientes.

La doctora Mayra Sinekópolus estaba de espaldas, rodeada de redomas, muestras organizadamente clasificadas, tubos de ensayo, jeringuillas descartables y monitores encendidos en los que bailaban números, cifras y signos ininteligibles. En el aire del laboratorio se olía la eficiencia de los asépticos cuidados que la investigadora ponía en la tarea. El hombre caminó sigilosamente hacia la desprevenida víctima.

Un movimiento detrás alertó a la mujer. Hizo que se incorporara un poco para volverse, contrariada. Había dado orden de que no la molestaran. Pero no alcanzó a voltearse del todo. Una mano poderosa le tomó la cabeza y el brillo le apareció ante los ojos al tiempo que sentía una clase de escarcha penetrando en la garganta. Trastabilló aturdida, se puso de pie y quiso decir algo pero no pudo pronunciar una palabra. Se llevó las manos a la garganta mientras caía en la cuenta de que una enorme herida arrojaba demasiada sangre. Cayó con los ojos quebrantados. Miró estupefacta al desconocido que sonreía con cierto aire de picardía mientras se inclinaba hacia ella asestando una y otra vez un cuchillo en el pecho.

Mayra quedó en el suelo, mirando cómo un cauce de sangre se escapaba de ella y se escurría por las baldosas del impecable laboratorio.

El hombre se incorporó en medio de ese charco que crecía, pasó sobre él y con paso lento se dirigió hacia la habitación donde estaba Doreen McDouglas. Tomó el cuerpo exánime de la joven y arrastrándolo, comenzó a llevarlo hacia el laboratorio.

Estaba en medio del pasillo cuando una sombra se proyectó detrás del vidrio de la sala de espera y unos golpes enérgicos hicieron que se detuviera.

*Señorita. Señorita…,* decía una voz de mujer.

*¿Sí?,* contestó Johnny Birman desde adentro.

— Voy a tener que presentar una queja. Es imposible esperar tanto tiempo para que la atiendan a una. Sólo quiero un turno, un miserable turno para un análisis.

*Pase*, le contestó amable una voz de hombre.

Rosalind Chester se enderezó mejor y pensó que el que no llora no mama. Con setenta años de vida era reconocida por la firmeza de carácter. La puerta se abrió lentamente delante de ella. Con pose altiva dio unos pasos hacia el pasillo. No se percató de que la puerta volvía a cerrarse tras de sí. Y un gesto de horror comenzó a plasmársele en el rostro cuando sintió un golpe muy fuerte en la cabeza.

La elegante mujer cayó de bruces, desmayada.

Entonces el hombre completó el traslado del cuerpo de Doreen, a quien dejó junto al cuerpo de la doctora Sinekópolus. Hasta allí llevó a la laxa Rosalind Chester, que entreabriendo los ojos, con el terror pintado en ellos, alcanzó a ver a un hombre que arrojaba tubos de ensayo, muestras y elementos que había en la mesada, como buscando algo. La mujer continuó con los ojos entrecerrados, espiándolo.

El individuo se volvía, rebuscaba entre los frascos. Se movía liviano entre los cuerpos de las tres mujeres. Lo perdió de vista. Pasaron unos instantes hasta que un penetrante olor le hizo abrir los ojos. Vio con horror que él rociaba los cuerpos de las otras dos mujeres con algo. Quiso incorporarse, presa del pánico. Debía huir de esa demoníaca situación. Pero Johnny Birman le asestó dos feroces patadas que le dieron en el pecho y en el estómago. Casi sin aire, sintió cómo ese líquido de fuego caía sobre ella, le entraba por la boca y le llegaba a las entrañas.

•••

La hija de Rosalind Chester llegó hasta la sala de espera. Había salido de una consulta con el médico clínico e iba en busca de su madre, Rosalind, quien se adelantara a buscar un turno con la doctora Sinekópolus.

Le extrañó no verla en la sala. Era hora del almuerzo. Los empleados solían tomarse unos minutos para merendar. ¿Dónde se habría metido esa madre? Conociéndola como la conocía, la imaginó charlando con alguien que comería un sándwich mientras le daba el turno. La madre era una de esas personas siempre activa, exultante. Le había costado mucho que se decidiera a hacerse un control. Siempre se jactaba de haber llegado a los setenta años sin tomar medicación alguna. La cabeza constantemente fresca es lo que cuenta, decía enfática. En la familia todos eran centenarios, tendrían que aguantarla mucho todavía.

De todos modos le preocupó no verla.

Se dirigió hacia la puerta de acceso al interior, y cuando ésta se abrió, un joven rubio cerró con llave.

Perdone, joven, dijo Karen Chester.

El muchacho se volvió y le ofreció una resplandeciente sonrisa.

–Disculpe, pero estoy buscando a mi madre. Vino hacia acá en busca de un turno. ¿No sabe usted si adentro hay alguna persona?

–No lo sé, señorita. Tendrá que averiguarlo por usted misma.

El joven sacudió las llaves ante las narices de Karen, y emprendiendo la salida agregó:

– Tal vez se la comió el lobo…

– ¿Qué?

Con una carcajada, el muchacho se fue y Karen vio cómo aquella refulgente melena se perdía entre la gente, mientras se preguntaba, perpleja, qué había sido aquello.

……………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………….

**(FRAGMENTO 1) - ANA**

………..

Ana golpeó la puerta del editor en jefe, esperó unos instantes. La vibrante voz de Marcos Aguirre la instó a pasar.

El hombre, impecablemente vestido con un traje de Gucci verde humo y una corbata al tono con la firma muy clara de Versace, se levantó al verla y vino al encuentro con los brazos extendidos y una sonrisa franca en el rostro. El apretado beso en ambas mejillas dejó a Ana una fuerte reminiscencia al perfume importado que siempre flotaba alrededor del hombre.

– Ana querida, ¿cómo estás?

– Bien, bien, ¿por qué lo preguntas? ¿Existe alguna razón en especial?

Ana escapaba siempre de las actitudes paternalistas. Se autodenominaba a sí misma una sentimental vergonzante y hacía gala de la distancia que gustaba establecer en las relaciones. Marcos lo sabía, por eso, prestamente aclaró sonriendo a la defensiva:

— No, ninguna, ninguna.

— ¿Cómo anda tu material de los robos?

— Bien, estoy terminando la nota.

— Me gustaría verla antes de que la envíes a Editorial.

Ana arrugó el ceño. Sabía lo que eso significaba. Ella no tenía necesidad de que nadie autorizara los materiales ya que era la jefa de la sección. La mecánica habitual era concluir el material y ponerlo en página en la red con las fotos si las hubiera, en Editorial, propiamente dicho. Se preparó: Marcos no se atrevería a pedirle que suavizara los embates contra la policía.

No pretenderás, comenzó a decir. No te preocupes, sólo quiero verlo, simplemente, Ana querida.

Cuando él decía Ana querida, era que el río sonaba.

— Está bien. Enseguida te lo paso para que lo veas. Aunque desde ya te digo: no aceptaré una sola coma cambiada.

Marcos Aguirre iba a contestar e inmediatamente sonó el teléfono del escritorio. Movió la cabeza como ante una criatura caprichosa. Ana se aprestó a salir para dejarlo con la conversación privada pero un ademán de Marcos la detuvo.

— Hola, sí, habla Marcos Aguirre –EL rostro se opacó mientras escuchaba–, ¿dónde? –escribió en un papel–. Inmediatamente salimos para allá.

Colgó el teléfono y le pasó el papel a Ana:

TRIPLE ASESINATO. EN EL CENTRAL HOSPITAL. UNA MASACRE.

……………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………………….

**(FRAGMENTO 2) – KOLSTACK**

El detective se inclinó para observar de cerca los cuerpos desgonzados de las mujeres cuyos rostros eran una masa informe. Del grupo se desprendía más nítidamente aquel extraño olor.

¿Qué carajo huele así?, dijo mareado por el intenso reflujo que manaba de esos cuerpos.

Parece vinagre, contestó Simmons.

— Se me hace que estas mujeres no preparaban ensalada alguna mientras alguien las cosió a puñaladas –replicó Kolstack buscando detalles junto a los cuerpos.

Dos de las mujeres, una con bata de laboratorio, presentaban cortes en diferentes partes del cuerpo y tenían laceraciones y quemaduras en el rostro y en las ropas. En la otra, ostensiblemente mayor, la boca y los párpados prácticamente no existían, carcomidos por alguna sustancia que bañaba los cuerpos y que era lo que olía como una condenación.

Algo en aquella cabeza que comenzaba a deformarse por la hinchazón producida por el tejido quemado, le hizo acercarse aún más. Una especie de crujido, una clase de suspiro salió expelido del agujero negro ubicado donde antes había estado la boca.

Kolstack se levantó de un salto.

— ¡Por mil demonios! ¡Está viva!

Simmons se hizo cargo de la emergencia y llamó a gritos por ayuda. A los pocos segundos entraron el médico y dos camilleros.

— Cuidado dónde pisa —alertó con rudeza Kolstack de nuevo en cuclillas ante los cuerpos.

Tanto a Rossie como a los demás integrantes del Departamento de Investigaciones de la Policía de Toronto, les admiraba ver en acción al energético jefe Kolstack, conocido por su fama de investigador feroz y encarnizado. A la detective la magnetizaba ver ese enorme corpachón convertirse en una clase de animal en acecho, perder referencias humanas y olfatear como una bestia en celo, mirar viendo cosas que nadie podía naturalmente percibir, rugiendo en vez de hablar. La presencia de sangre era el estímulo necesario para poner en marcha aquella instintiva y clásica capacidad deductiva y la química de este proceso hacía que Sam Kolstack hiciera gala de un humor de los mil demonios mientras transcurría una investigación, pues el mundo bien podía caerse a pedazos sin que le importara. A partir del momento en que las terminales sensoriales del robusto hombrón captaban los restos en el aire de la adrenalina que había soltado un asesino, sólo cabían en el mundo él y el otro. Y uno de los dos sobraba.

……….…………………………………………………………………………………………………………………………………..